



Sobre la ablación de las imágenes parentales, o La ilusión de haberse creado a sí mismo¹

Charles Rycroft
(1965, 1973)

Se presenta uno de los trabajos más importantes de Charles Rycroft, en el que se reflexiona sobre los procesos carenciales que conducen a algunas personas, y en particular a psicoanalistas de realizar la ablación de sus figuras parentales y a desarrollar la ilusión narcisista omnipotente de haberse creado a sí mismos. Una tensión que requiere afrontar la confrontación entre lo que Winnicott denominó el “self verdadero”, el depositario de lo que el individuo hereda de sus padres y pueden elaborar dentro de algo que es verdadera y únicamente suyo, y el “falso self”, el que acantona las defensas, los disfraces y las pretensiones

Palabras clave: Ablación figuras parentales, Ilusión narcisista, Omnipotencia.

We are presenting one of the main Charles Rycroft's papers, introducing reflections on the process that leads some people, psychoanalysts in special, to perform an ablation of the parental images or to develop the illusion to having created themselves. A tension between confronting what Winnicott labelled “true self” which is the depositary of what the individual inherits from his parents and can elaborate into something which is truly and uniquely himself, and the “false self” which harbours the defences, the disguises, and the pretensions.

Key Words: Parental Images ablation, Narcissistic illusion , Omnipotence.

English Title: On the Ablation of the Parental Images or the illusion to Having Created Oneself

Cita bibliográfica / Reference citation:

Rycroft, C. (2010). Sobre la ablación de las imágenes parentales o la ilusión de haberse creado a Sí mismo. *Clinica e Investigación Relacional*, 4 (1): 33-45. [Original de 1973] [[<http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/Volumen41Febrero2010/tabid/648/Default.aspx>] [ISSN 1988-2939] [ISSN 1988-2939]

Escribí la versión original de este ensayo en 1965 y lo ofrecí para su publicación, primero al *International Journal of Psychoanalysis* y después a los editores de la *International Psycho-Analytical Library*, que en aquella época estaban preparando para su publicación mi volumen de compilación de artículos psicoanalíticos, *Imaginación y Realidad*. Ambos lo rechazaron, según entendí no porque se pensara que la tesis que proponía fuera falsa o errónea, sino porque se pensó que era poco político publicar un ensayo que discutía algunas de las razones psicopatológicas que pueden llevar a las personas a hacerse psicoanalistas. Desde entonces, no obstante, han ocurrido tres cosas que hacen improbable que nadie hoy en día considere ofensiva o desaconsejable su publicación.

En primer lugar, varios psicoanalistas, quizá hasta treinta, han leído este ensayo o me han oído leerlo y la mayoría han estado de acuerdo en que describe un tipo de persona que les resulta clínicamente familiar – aunque no tengo motivo para suponer que ninguno de ellos se adhiriera a todas las ideas que contiene.

En segundo lugar, se ha producido cierto cambio en el clima intelectual que ha vuelto a los psicoanalistas más propicios que antes a admitir públicamente que tienen, o han tenido, sus ‘problemas’ y que las organizaciones psicoanalíticas ya no necesitan cerrarse en banda, pretendiendo que todos sus miembros son, y siempre han sido, paradigma de salud mental. Un ejemplo de este cambio en el ambiente se encuentra en el hecho de que las revistas psicoanalíticas ahora consideran posible publicar artículos en los que se sugiere que es mejor contemplar algunos aspectos de la teoría psicoanalítica como reflejos de la personalidad de Freud, y no como afirmaciones objetivas de validez general. Por ejemplo, el *International Journal of Psico-Analysis* ha publicado recientemente un trabajo (Needles, 1973) en el que se sugiere que la convicción de Freud de que los seres humanos se esfuerzan por reducir su tensión instintual – una idea que va en contra de hechos tan fácilmente observables como que los seres humanos pueden buscar la excitación y que ‘*l'appétit vient en mangeant*’ (“en el comer y el rascar todo es empezar”) – era el reflejo teórico de la ‘experiencia sexual idiosincrásica’ propia de Freud de quedarse totalmente inconsciente durante el acto sexual. Interesa observar, no obstante, que a Needles le pareció necesario expresar la esperanza de que sus lectores no lo consideraran reo de *lèse-majesté* por haber apuntado tal hipótesis.

En tercer lugar, la experiencia clínica de los últimos nueve años me ha convencido de que el tipo de persona que describo en este ensayo es mucho más corriente de lo que suponía cuando lo escribí por primera vez, y que eran sólo las características de mi propia práctica las que me llevaron a descubrirlo primero entre las personas que aspiraban, en ocasiones con éxito, a convertirse en psicoanalistas. Ahora pienso que la tendencia, o la tentación, a enfrentarse con los conflictos de los padres y todo lo relacionado con ellos, rechazándolos y negando que te afecten de ninguna manera, está muy extendida, y que las personas que encarnan esta tendencia son muy corrientes en todos los movimientos sociales que repudian el pasado y proclaman que es posible comenzar otra vez de cero – en contraposición con aquellos movimientos sociales que se rebelan contra el pasado o mantienen que todas las esperanzas de futuro residen en algún grupo o clase social ya existente y que tiene un destino histórico que cumplir.

En la actualidad, la tendencia ahistórica característica de los que cercenan las imágenes parentales me parece que se encarna con toda claridad en aquellos grupos, o anti-grupos, sociales heterogéneos que son conocidos colectivamente como la 'sociedad alternativa' o la 'contra-cultura'.² Estos grupos despliegan, a mi entender, exactamente las mismas ambigüedades que describo más tarde como típicas de los individuos que, durante su desarrollo personal, se enfrentaron con los conflictos con sus padres pretendiendo que nunca tuvieron conflicto alguno. Por una parte, se enfrentan a la vida con una admirable frescura y están preparados para imaginar y llevar a cabo soluciones totalmente novedosas de todos los problemas vitales inherentes a la condición humana; por otra parte, al ignorar la experiencia del pasado y al rechazar la posibilidad de que pueda existir algo así como la sabiduría tradicional, se meten de cabeza en problemas, especialmente en relación con los celos y la privacidad, que de hecho podían haber sido previstos.³

Grupos alternativos a la sociedad, comunidades terapéuticas antipsiquiátricas y comunas muestran una ambigüedad similar a la que he descrito como típicas de los que cercenan sus imágenes parentales. Aunque su objetivo explícito es fundar grupos de creación propia, exteriores y alternativos a la sociedad existente, consideraciones económicas les impulsan a adoptar una relación parasitaria con aquello que en principio rechazan, y las necesidades psicológicas les llevan a buscar antecedentes intelectuales 'ideales' con que reemplazar los antecedentes reales que han desestimado. Estos antepasados de elección proceden generalmente de culturas remotas, tanto en lo geográfico como en el estilo de pensamiento, respecto a aquellas en las que ellos y sus padres reales fueron criados (por ejemplo, los Sabios de Oriente), o están cómodamente muertos y, por tanto, sin riesgo de que expresen repudio (por ejemplo, Wilhelm Reich); o bien la importancia de la deuda intelectual se difumina mediante simplificaciones y reconocimientos pobres. Por ejemplo, la deuda de R.D. Laing con la obra de Gregory Bateson es muchos mayor de lo que cualquier lego en la materia se pudiera imaginar, y Bateson, un representante leal de la alta cultura de Cambridge, está muy lejos de ser una figura anti-sistema.

Se puede asumir en general que los pacientes cuando eran niños – y, en verdad, todos los seres humanos – han experimentado intensos sentimientos hacia sus padres y que cuando llegan a adultos nunca se vuelven totalmente indiferentes hacia ellos sino que los mantienen en su mente como imágenes vivas, a la vez como personas vivas que en cierta medida todavía son queridas y odiadas, y como figuras internas cuya conducta e ideales todavía son usados como modelos que deben ser imitados o desafiados.

Parecería, sin embargo, que en algunas personas las imágenes parentales experimentan un destino diferente. En lugar de seguir siendo una parte viva dentro de la personalidad del paciente, son seccionadas o destruidas, o eso parece, de modo que el paciente carece en apariencia de introyectos parentales. Estos pacientes impresionan a sus analistas por el hecho de que, a diferencia de la mayoría de los pacientes que buscan tratamiento, no siguen los pasos de sus padres ni se rebelan contra ellos, más bien parecen no usar sus introyectos parentales como puntos de referencia internos sino que, muy al contrario, se muestran indiferentes ante ellos y no encuentran ningún sentido en la proximidad física con ellos. A veces, incluso, parecen no tener ni idea de si sus padres están vivos o muertos, no desean saber qué ha sido de ellos y han adoptado unos estilos de vida en los que se ha borrado todo rastro de sus padres y de los valores que tenían. Dichos pacientes transmiten la impresión de que es extraño, casi increíble, que sean hijos de sus padres y constituyen una excepción aparente del dicho de que el niño es el padre del

hombre.

Esta discontinuidad psicológica aparente es, desde luego, en último término, una ilusión y un elemento de autoengaño inconsciente, explicable cuando se plantea el uso masivo de mecanismos de defensa tales como la represión y la escisión, que excluyen las imágenes parentales de la conciencia y de la autoimagen del paciente y que despojan de cualquier significado toda memoria del padre y de la madre y de la infancia del sujeto con ellos. Como resultado se produce una falla o fractura en la biografía de estos pacientes, antes de la cual todos los acontecimientos recordados parecen irreales, extraños, triviales y ajenos y sólo después parece haber dado comienzo la vida auténtica y la propia identidad.

El fenómeno que estoy explicando también puede ser explicado como el resultado de una fantasía inconsciente de que los padres han muerto. Algunos de estos pacientes me han contado sueños en los que uno de los progenitores, normalmente el padre, está muerto y su cuerpo está siendo transferido desde el lecho mortuario hasta el ataúd, o que están clavando el ataúd. En estos sueños, de forma característica, se representa al padre como fallecido, no como asesinado, y el interés no se centra en la reacción emocional del soñante ante la idea de que el padre ha muerto sino en la tarea puramente práctica de cómo disponer de su cadáver.

Igualmente es típico que el padre del soñante esté de hecho todavía vivo, pero se ha perdido el contacto con él o, si se le ve en ocasiones, se toma su presencia física como una molestia irritante, como un cuerpo extraño que simplemente se entromete en su vida sin formar parte de ella. Si el padre muere estos pacientes tienen buen cuidado de no estar cerca cuando ocurre, inventan excusas peregrinas para no acudir al funeral y después se sienten más aliviados que apenados. El que estos pacientes tengan que soñar sobre cómo disponer de la imagen de su padre muerto es, desde luego, un indicador de que no han tenido éxito al desecharlo como un lastre, como les gustaría creer.

El mismo proceso de cercenar las imágenes parentales puede ser visto igualmente en formaciones delirantes. El esquizofrénico que describí en un artículo aparecido por primera vez en 1959, a la edad de cinco años dejó de creer que su padre fuera realmente su padre. Tenía la sospecha de que varios extraños se turnaban para ocupar su lugar y cuando fue adulto designó como padre a una serie de matemáticos, filósofos y militares. Durante el tratamiento analítico mantuvo dudas semejantes sobre la realidad y unicidad de su analista que podía, según su creencia, ser fácilmente un grupo de personas que se turnaban en ocupar su lugar, o ser Bertrand Russell o el General Eisenhower disfrazados. Su escisión de la imagen materna era incluso más completa; nunca mencionó a su madre de manera espontánea y las mujeres no desempeñaban ningún papel en sus formaciones delirantes.

Creo que deberíamos suponer que estos pacientes, de niños, tanto los que de adultos son psicóticos como aquellos a los que tenemos que diagnosticar como ‘trastornos del carácter’, sufrieron alguna catástrofe emocional, alguna ruptura importante en la comunicación con sus padres, que manejaron retirando todo el interés de ellos y privando a su imagen de todo significado; y que se ‘recuperaron’ del estado resultante de desesperación y desilusión mediante un proceso similar al descrito por Freud en su artículo sobre Schreber. Recordemos que Schreber se libró de un estado de aguda desesperación e indefensión afirmando que todas las personas con las que trataba eran ‘de mentira’ e ‘improvisadas a la carrera’, y desarrollando delirios según los cuales gozaba de una relación especial con Dios y no era el hijo de sus padres auténticos sino del Marqués de Toscana y Tasmania. De una forma muy parecida, los pacientes que estoy describiendo me parece que se han ‘recuperado’ de su catástrofe infantil construyendo un ‘falso self’ mítico que

supuestamente debe sus orígenes a cierta fuente diferente a sus padres físicos reales. Como resultado, no tienen ninguna ambivalencia consciente hacia sus padres – aunque se puede presumir que alguna vez la tuvieron – sino que los han renegado, han retirado todo interés hacia ellos y han cercenado sus imágenes.

Tengo la impresión de que cuando estos pacientes eran niños no fueron privados sino humillados. No fueron mal alimentados o desprotegidos ni expuestos a largos periodos de separación de sus padres sino que, o bien fueron totalmente incomprendidos con lo que no se reconoció en absoluto sus capacidades y potencialidades, o fueron tratados como cosas, como posesiones de los padres que no veían necesario ser considerados o sinceros con ellos. Proceden de familias en las que se tiraba los juguetes sin pedir permiso a los niños y en las que los padres dejaban claro que la casa les pertenecía y los hijos eran simplemente tolerados. En algunos casos la actitud de los progenitores entre sí era de una adherencia tan mórbida que vivieron la llegada de sus propios hijos no como un crecimiento de la familia sino como la intrusión de un extraño, y sería igualmente cierto decir que los padres cercenaron a sus hijos *in statu nascendi* de la misma forma que los hijos cercenaron a sus padres. Morton Schatzman mostró que el padre de Schreber, que era pediatra y educador, empezó a romper la voluntad de sus hijos desde la infancia y los confinó a restricciones mecánicas, inventadas por él mismo, para cortar en flor todos los signos de la 'barbarie innata' del ser humano.

Estos pacientes durante la adolescencia no atraviesan una crisis de identidad del tipo descrito por Erikson en su *Infancia y Sociedad*⁴, sino que en lugar de ello parten de cero sin contar con el apoyo directo de la aprobación paterna internalizada ni siquiera con el apoyo más complejo que puede extraerse de abrazar precisamente aquellos ideales que los padres desapruaban. Desarrollan típicamente intereses e ideales, y adoptan profesiones, que están fuera del conocimiento de sus padres y a los que no pueden dar su aprobación ni su rechazo.

El propósito de este ensayo, no obstante, no es discutir las causas sino los efectos de la ablación de las imágenes parentales y sugerir que pueden resultar paradójicos. Para aquella persona para la que no es totalmente catastrófico, la ablación de las imágenes parentales puede ser simultáneamente una liberación imaginaria que tanto puede ser creativa como productora de un elemento de falsedad y deshonestidad de carácter que arroja dudas sobre el valor de su creatividad. Además intento sugerir que las personas de esta clase pueden sentirse atraídos por el psicoanálisis y el movimiento psicoanalítico en un modo que, quizá, sea beneficioso para ellas pero dañino para el psicoanálisis.

Creatividad, falsedad y deshonestidad derivan de la misma fuente. Si los padres naturales son renegados, el paciente alcanza la ilusión de poder elegir en lo referente a aquellos aspectos de sí mismo que están dados y son inalterables: sus antepasados, su identidad, su dotación constitucional física y mental. Si sus padres están para él psicológicamente muertos, puede elegir otros padres y, por tanto, otra identidad. O puede negar que haya tenido padres alguna vez y afirmar que se ha hecho a sí mismo en el sentido más absoluto imaginable. O se puede arrogar atributos que según él se derivan de los padres que él mismo proclama haber descubierto. Esta última posibilidad, poco menos que un delirio, sólo está al alcance de individuos con un desarrollo intelectual considerable, que entonces pueden reivindicar que sus únicos ancestros significativos son los filósofos, profetas, místicos o psicoanalistas que ellos mismos han descubierto.

Este proceso de recreación del self puede ser considerado imaginativo y creativo, pero también es falso, pues sólo se puede hacer encajar con la triste realidad mediante la

supresión de algunos hechos, la distorsión de otros y la subordinación de la memoria a la mitopoiesis.⁵ Estas personas realmente no rememoran su infancia sino que crean un mito sobre ella destinado a sustentar cualquier visión de sí mismos que tengan en el presente. Por ejemplo, una paciente que antes de los cinco años había expresado abiertamente el deseo de ser huérfana, solicitó formación como psicoanalista. De manera equivocada, como se mostró, decidió que sería aceptada para la formación y un día se presentó afirmando que siempre había sabido que su destino era convertirse en psicoanalista y que, cuando tuvo el primer contacto con las ideas psicoanalíticas, sintió que ya las conocía de antes. Como yo no había escuchado esta historia nunca, le pregunté qué edad tenía cuando se topó con las ideas psicoanalíticas. Respondió que esto había sido cuando estaba en la escuela. Entonces le pregunté que a quién había oído hablar de psicoanálisis por primera vez. Respondió que no podía recordarlos y que, pensándolo mejor, debió de ser en el instituto. Entonces le recordé que una de sus numerosas quejas contra el instituto era que nunca la había puesto en contacto con nuevas ideas, y entonces dijo que debió de ser a través de libros que tomó prestados de la biblioteca durante las vacaciones, pero no era capaz de recordar qué libros eran estos excepto que no eran de Freud. Creo que esta paciente no estaba intentando recordar los orígenes de su interés por el psicoanálisis sino que estaba construyendo un mito como analista que se ha creado a sí misma. Su interés por el psicoanálisis no debía nada a ninguna persona viva ni siquiera a algún libro que recordara, y en cualquier caso lo había sabido todo desde antes y siempre supo que convertirse en psicoanalista era su destino. Estaba haciendo para sí lo que la sociedad siempre tiende a hacer con aquellos que producen ideas que transforman su visión de la realidad, estaba creando un mito sobre su nacimiento analítico virginal y pretendía que su conocimiento era autóctono. Al afirmar su derecho a convertirse en analista repudiaba explícitamente toda deuda hacia Freud, cuyos libros *no* había leído, e implícitamente me negaba a mí, su analista, cualquier participación en su nacimiento futuro. Ni siquiera se nos permitía ser hijos de Dios.

Estas personas no sólo son falsas sino deshonestas, puesto que su nuevo self implica una traición a los ideales derivados de los antepasados físicos de los que han renegado. No han peleado ni se han rebelado contra los ideales que defendían sus padres, ni han tenido que labrar su camino hacia concepciones propias. Simplemente han borrado el pasado para comenzar de cero. Como consecuencia, los antiguos valores parentales continúan funcionando inconscientemente sin cambio alguno. Esta supervivencia inconsciente de las imágenes parentales conscientemente cercenadas es responsable del cuadro paradójico que ofrecen a menudo ante el mundo, mesiánicos en la defensa de las ideas que ellos mismos se han creado, pero furtivos e incómodos en su modo de presentarse a sí mismos. Si escriben artículos científicos los reconocimientos son escasos y oscuros o, bien al contrario, de tal extensión que sus auténticas deudas están tan excelentemente escondidas como una aguja en un pajar. Son habitualmente antihistóricos o, más bien, a-históricos, y tanto su escritura como su pensamiento carecen de todo reconocimiento implícito de que las respuestas que dan a los problemas que proclaman haber resuelto son contribuciones a una discusión que se viene realizando desde que la humanidad tuvo conciencia de sí misma. Proyectan su propia discontinuidad psíquica y actúan como si el mundo del pensamiento comenzara con ellos o, para ser más exactos, cuando comenzó su nueva identidad.

Esta sensación subyacente de estar traicionando algo incluso, y especialmente, cuando sienten que están siendo creativos, explica, a mi entender, por qué no es infrecuente que estas personas tengan sueños sobre espionaje y agentes dobles, puesto que en el

mundo del espionaje toda acción es ambigua, en el que el valor físico puede estar ligado a la cobardía moral y en el que el héroe y el traidor pueden ser una y la misma persona.

Otro resultado de la ablación de las imágenes parentales es que los pacientes que la han realizado nunca dicen a su analista de forma espontánea a cuál de sus progenitores se parecen físicamente ni de cuál de sus parientes han tomado las 'dotes' que reclaman tener o han mostrado signos de poseerlos. La palabra 'dotes' significa precisamente aquello que estos pacientes niegan; de acuerdo con su visión de las cosas no se les ha dado nada, no han heredado nada sino que han construido o descubierto todo lo que tienen. Más aun, nada se supone que ha sido 'dado' en el sentido de ser sacrosanto, inalterable o incuestionable. Es este último aspecto de su negación de la deuda lo que les hace creativos. Puesto que nada es inalterable o incuestionable, su mente está abierta a nuevas soluciones incluso para problemas que ya parecen haber sido resueltos o que se ha demostrado que son irresolubles. El paciente esquizofrénico que mencioné antes estaba persuadido de que había descubierto una solución general para las ecuaciones de quinto grado, a pesar de que, o tal vez por el hecho de que uno de sus padres 'hipotéticos', el matemático Abel, había demostrado que no era posible ninguna solución general. Dado que no todas las ideas recibidas son verdaderas, dado que el conocimiento humano está todavía lejos de estar completo, y puesto que el mundo del arte y la literatura todavía puede aceptar nuevas soluciones a sus problemas formales y expresivos, pacientes menos enfermos pueden demostrar su creatividad en modos que, lejos de ser delirantes, son científicamente correctos o artísticamente válidos. Esto quizá tiene ejemplos más fáciles en el caso de la literatura. Mientras que los esquizofrénicos producen neologismos a los que sólo personas excepcionalmente empáticas pueden dotar de cierto significado, los poetas y escritores pueden estirar y forzar palabras y ritmos para desempeñar roles singulares que son, no obstante, comprensibles y efectivos. Este hecho justifica la reivindicación en apariencia arrogante de Shelley de que 'Los poetas son los legisladores no reconocidos del mundo', pero es la sensación subyacente de traición y de estar en posesión de un 'botín' más que de un 'don' la que hizo que tanto él como otros poetas se sintieran acechados por el mito de Prometeo. Los antepasados físicos de Shelley habían sido, de hecho, 'legisladores reconocidos', muchas generaciones de terratenientes, miembros del Parlamento y magistrados, y su educación – escuela preparatoria privada, Eton y Oxford – estaba proyectada para producir un estadista o un político liberal (*Wigh*) más que un poeta. Sin embargo, hasta donde yo puedo descubrir, Shelley no se caracterizaba por cercenar a sus padres sino por rebelarse contra ellos, de donde extrajo su munición para atacar lo que ahora conocemos como el sistema establecido desde el interior de la tradición cultural en la que había sido educado, no a partir de fuentes esotéricas y remotas.

La autobiografía de Jean-Paul Sartre, *Las Palabras*, contiene una descripción clarificadora, si bien horrible, del desarrollo de alguien cuyo padre le ha sido cercenado. El padre de Sartre murió cuando él tenía unos pocos meses, posiblemente antes de que hubiera empezado a conocerlo y amarlo, u odiarlo. La madre volvió con su familia que se comportó como si el padre nunca hubiera existido. *Las Palabras* consiste en una serie de relatos irónicos sobre las diferentes poses que adoptaba el joven Sartre, algunas con la aprobación y connivencia de sus parientes, otras no, y alienado de su cuerpo y de su self real. También registra su desilusión posterior con su falso self y el descubrimiento tardío de que los cuerpos y las cosas son más reales que las palabras. He debatido la desilusión de Sartre en un ensayo titulado 'Mirando hacia atrás con ira' y aquí sólo pretendo ofrecer algunas citas de *Las Palabras* que ilustran de manera muy intensa el modo tan sorprendente en que las palabras pueden reemplazar a los objetos y en que la desesperación provocada

por la ausencia de una imagen paternal viva y por la alienación del cuerpo puede ser desviada mediante la idealización de sí mismo.

Platónico de condición, yo iba desde el saber hasta su objeto; encontraba más realidad en la idea que en la cosa... Era en los libros donde yo encontraba el universo...⁶ Jamás he escarbado en la tierra ni buscado nidos, ni he recolectado plantas ni lanzado piedras contra los pájaros. Sino que los libros han sido mis pájaros y mis nidos, mis animales domésticos, mi establo y mi campiña; la biblioteca era el mundo atrapado en un espejo.

Un padre me habría lastrado con algunas obstinaciones duraderas... me habría habitado; este respetable inquilino me habría dotado de respeto por mí mismo. Sobre el respeto habría fundado mi derecho a vivir.

Habría sido perfecto si yo hubiera tenido una buena relación con mi cuerpo. Pero formábamos, él y yo, una extraña pareja... Cumplía con mis deberes alimentarios y Dios me enviaba a veces – pocas – esa gracia que permite comer sin desagrado, el apetito.

Puesto que nadie me reivindicaba *seriamente*, alimentaba la pretensión de ser indispensable para el Universo.

Nací de la escritura: antes de ella, no había más que un juego de espejos... Escribiendo yo existía, escapaba de los mayores.

La capacidad creativa de estos escindidores paternos me impide citar datos clínicos detallados de manera tan extensa como hubiera deseado. De los diez hombres y tres mujeres que he tenido en mente mientras escribía este ensayo, todos excepto tres han recibido algún reconocimiento público por sus capacidades, ya fuera antes del análisis o, así me parece, es probable que lo reciban en el futuro. Como consecuencia sólo puedo ofrecer impresiones, generalizaciones y algún detalle ocasional no ostensible, es decir, discretamente revelador. Todos ellos desplegaban rasgos esquizoides, maníacos y obsesivos, pero ninguno histéricos o fóbicos. Ninguno de ellos padecía impotencia o frigidez, pero el 'placer previo' no significaba mucho para ellos – si se prolongaba era para satisfacer a sus parejas - y todos mostraban signos evidentes de estar alienados de sus propios cuerpos y no estaban convencidos de que la parte más inalterable, inescapable y, evidentemente, mortal de ellos mismos realmente fuera suya. Sólo uno de ellos era hijo único y todos, menos uno, habían tenido una infancia urbana.

Todos habían tenido padres que habían sobrevivido hasta ser ellos adultos y sólo uno había perdido a la madre en su infancia. Se trata de gente que no es probable que hayan perdido un progenitor durante su infancia. Mientras que los auténticos huérfanos son capaces de duelo, inclinados a la tristeza y a la nostalgia y anhelantes de sustitutos parentales, los que escinden son incapaces de duelo, son poco sentimentales e incapaces de admitir dependencia de nadie. En diez de los trece casos, la ablación del padre estaba más marcada que la de la madre, pero sospecho que la proporción habría sido diferente si la serie hubiera contenido más mujeres, esquizofrénicos y homosexuales varones. Todos tenían sueños en los que el contenido latente se mostraba sin disfraz. Pienso que esto puede deberse al hecho de que para aquellas personas en las que las palabras se han vuelto más reales que sus referentes - en cuyo inconsciente se ha producido un

desplazamiento masivo en la catexia de las representaciones de objeto a las representaciones de palabra – las imágenes de los sueños pueden ser representaciones icónicas de ideas y no símbolos de objetos. Y el deseo de apartar a los propios padres del sistema se hace quizá acreedor a una menor culpabilidad que el deseo de matarlos.

Uno de los varones de mi serie, fallecido hace ya mucho, se presentaba ante el mundo como un perfecto gentleman inglés, realmente demasiado perfecto. Sus trajes eran de Savile Row, su paraguas siempre estaba plegado, hablaba un impecable inglés de Oxford y siempre pronunciaba las palabras y frases extranjeras, como ‘volte-face’, según el acento apropiado a su lengua de origen, por ejemplo, ‘voltay fachay’. De hecho era un americano que de niño había conocido una gran pobreza y sólo había ido a Inglaterra con treinta y pocos años, después de haber perdido, o más bien roto, todo contacto con sus padres y con sus seis hermanos y hermanas, y no sabía si seguían vivos ni le preocupaba. En la actualidad los americanos que odian todo lo americano y se vuelven más ingleses que los ingleses son muy infrecuentes – Henry James y T. S. Eliot son tal vez los dos ejemplos más famosos – pero había algo peculiar en este caso. Tenía sueños recurrentes sobre edificios llenos de errores arquitectónicos. Ya sea que los edificios posiblemente no habrían podido mantenerse en pie o, con mayor frecuencia, tenían un estilo imposible salvo que fueran falsos. Por ejemplo, podían tener una planta baja de estilo palladiano (neoclásico) del siglo XVI y unos pisos superiores de estilo románico normando. Estos edificios representaban, en mi opinión, su intento por construir un nuevo self por sí mismo, que no se sustentara en los cimientos de su bajo origen americano sino en una elevada cultura europea. Para él Europa y su historia eran, paradójicamente, el Nuevo Mundo en el que esperaba ser capaz de escapar de su propio pasado americano. Pero en los sueños se veía obligado a confesarse que esta autoconstrucción era artificial, un engaño y una fachada, e inestable por naturaleza, aunque le proporcionara unos ingresos considerables. Al hacerse paciente de un analista inglés tenía, desde luego, la esperanza de adquirir al menos un arco que apuntalara su nuevo self, inglés, europeo, pero en la práctica encontró algo muy diferente, una situación en la que se vio obligado a establecer conexiones entre su infancia y el presente.

Los que escinden sus imágenes paternas se sienten atraídos por el psicoanálisis por razones tanto genuinas como corruptas. Sienten, por otra parte, que algo pasa con ellos y que en algún sentido son inhumanos e incapaces de disfrutar de los pequeños y simples placeres de la vida. También sienten que su personalidad es una casa con los cimientos de arena y con ciertas crisis de su vida desarrollan temor a la desintegración y a sufrir una decepción de sí mismos. Por estas razones puede que busquen sinceramente ayuda – y pueden tener éxito en obtenerla, sobre todo si acuden al análisis cuando se hallan en un estado de crisis.

Por otra parte, hay ciertos aspectos de la situación analítica y del movimiento psicoanalítico que atraen a los escindidores porque les parecen destinados a realzar el mito de la autocreación y a proporcionar oportunidades para reforzar, y no disolver, su sistema de defensas.

Primero, en la práctica privada los pacientes pueden persuadirse de que han elegido a su analista y que, por tanto, han adquirido un progenitor descubierto por ellos mismos. Una paciente que, de hecho, me había sido derivada a través de los canales habituales y que nunca antes había oído hablar de mí, invirtió los roles esperables insistiendo en que, a pesar de las muchas evidencias en contra, ella era mi primera paciente y que, en consecuencia, cualquier competencia que yo pudiera adquirir en la práctica sería una

aportación totalmente suya. De niña había hecho lo mismo con sus padres; la dependencia que ellos mostraban ante el aprecio de la niña a los regalos que le hacían le resultaba a ella infinitamente conmovedora. Otra paciente comenzó deliberadamente a instruirme sobre su sistema de psicopatología de elaboración propia, para que yo pudiera adquirir la habilidad necesaria para analizarla – y, por cierto, para disfrutar en la práctica de una salud mental muy superior a la que me podía otorgar mi formación freudiana convencional. Los pacientes y los analistas en formación que logran ser analizados por quien ellos eligieron, me parece, se vuelven portavoces de las teorías de sus analistas más por vanidad personal que por un aprecio sincero y gratitud por su comprensión y capacidad. En esos casos el paciente o el analizando patrocinan a su analista, regodeándose en la gloria refleja de alguien a quien han elegido para idealizarlo y que creen haber descubierto; de esta forma se invierte el humillante hecho biológico de que no eligieron a sus propios padres.

En segundo lugar, el psicoanálisis es todavía una ciencia joven e incluso el escindidor ha sido obligado a su pesar a admitir su necesidad de adquirir un padre simbólico, la línea de ancestros que se adquiere así de forma simultánea es breve, y el peso del pasado al que hay que someterse, y quizá en la práctica sustituir, es también ligero. Mientras que en medicina, filosofía, el derecho y las artes existe una línea de antepasados ilustres y un conjunto de tradiciones y precedentes que se extiende hasta el pasado remoto, el primer analista todavía estaba vivo en la época del escindidor, y si no, por lo menos lo estaba en la época de su padre⁷. Y, mediante la adecuada manipulación de los conceptos 'ciencia' y 'conocimiento', es posible argumentar sin cruzar la línea de la locura, que no se conocía nada de la naturaleza humana antes de Freud. Como resultado, los escindidores que desarrollan un interés en la teoría psicoanalítica son indiferentes a su prehistoria y no se interesan en los médicos, filósofos y artistas que anticiparon muchas de las ideas de Freud, ni en el medio social e intelectual en el que trabajó; prefieren creer que el psicoanálisis surgió como una idea autóctona en la mente del genio que ellos mismos han descubierto. Al adoptar este enfoque ahistórico hacia el psicoanálisis son ayudados e instigados, de paso, por dos rasgos curiosos del movimiento psicoanalítico. En primer lugar, el hecho de que varias ideas psicoanalíticas derivan ciertamente del propio autoanálisis freudiano y parecen por tanto haberse originado en una fuente inconsciente exterior a la historia de las ideas; y, en segundo lugar, el hecho de que la primera generación de psicoanalistas estaban encantados de desligar el psicoanálisis de los grupos médicos y científicos a los que justificadamente podía haber seguido vinculado.

En tercer lugar, el psicoanálisis es una teoría sobre los procesos mentales y no presta mucha atención, como tal, a los aspectos constitucionales de la personalidad. Los escindidores, por tanto, pueden utilizarlo para justificar la creencia de que su personalidad es una creación exclusiva de su propia experiencia y para ignorar todo aquello que han heredado de sus padres. En casos extremos pueden atribuir la totalidad de su personalidad y de los logros obtenidos después del análisis exclusivamente al renacimiento mental que emprendieron durante el tratamiento con el analista de su elección.

Otro atractivo del psicoanálisis es que proporciona oportunidades infinitas para ser ambiguamente creativo. Puesto que sus límites y limitaciones todavía son desconocidos e inciertos los criterios para decidir si cualquier trabajo psicoanalítico creativo es válido o no, proporciona un campo en el que puede ser imposible decidir si un trabajo es ilegítimo o no. Y esto es cierto tanto para el trabajo clínico como para el teórico. Desde la perspectiva clínica, esto se demuestra con gran facilidad por la mera existencia dentro de la *British Psycho-Analytical Society* de tres - ¿o son más? – escuelas diferentes en la teoría y en la técnica, cada una de las cuales reclama tener mejores resultados terapéuticos que las otras.

Por haber surgido y seguir existiendo situación tan extraña, algunas personas pueden estar engañándose a sí mismas, idealizando sus propias ideas o su trabajo o el de sus analistas, careciendo de criterios objetivos para decidir qué tipos de pacientes son adecuados para el tratamiento y qué clase de resultados pueden ser considerados exitosos. Espero no estar siendo demasiado cínico al sugerir que en un campo tan nebuloso, mal definido, personajes espurios y sin autenticidad pueden sobrevivir y florecer.

Desde el punto de vista teórico e intelectual las patobiografías – el psicoanálisis de artistas, escritores y personajes históricos – proporcionan un buen ejemplo de una actividad que puede ser ambigüamente creativa. En apariencia, los estudios psicoanalíticos sobre los muertos carecen de valor, puesto que implican realizar interpretaciones sobre personas que ya no están presentes para confirmarlas o rechazarlas y realizar inferencias precisamente sobre aquellos aspectos de su vida de los cuales se da la menor probabilidad de encontrar confirmación documental. Y además es muy fácil que se equivoquen, ya que demostrar que una persona creativa sufrió conflictos neuróticos o las consecuencias de traumas infantiles equivale a subrayar la medida en que se parece a los otros, más que en qué se diferencia. Por lo demás, no hay razón para suponer que una biografía psicoanalítica no pueda ella misma ser una obra de arte válida o que sea un vehículo para comunicar importantes pero complicadas verdades generales. El estudio de Erikson sobre Lutero me parece un ejemplo de dicho uso creativo de la patografía. Consideraciones ciertamente similares se aplican a los estudios psicoanalíticos sobre obras de arte y personajes de ficción. Analizar el complejo de Edipo de Hamlet es, en apariencia, una empresa ridícula, pues no existe en realidad ningún Hamlet que pueda padecer un complejo de Edipo, pero dicho ejercicio podría, como en verdad ocurrió con el trabajo de Jones, proporcionar un medio para alcanzar una mayor comprensión de la naturaleza humana.

En este sentido, el psicoanálisis se parece mucho al arte moderno. Los cambios en la tecnología y en la estructura social han reducido la tradicional función representativa del arte – ya nadie necesita emplear a artistas como artesanos para registrar acontecimientos o la figura de las personas – y, por tanto, ha surgido la búsqueda de nuevas funciones y nuevas técnicas, y un interés por las relaciones formales, lo que da opciones tanto al creador como al farsante. ¿Y quién está en disposición ahora para decidir quién probará después haber sido un auténtico innovador y quién un mero embaucador, quién tiene imaginación y quién es simplemente superficial? Lo que estoy señalando aquí es que el psicoanálisis, una teoría psicológica sobre las vicisitudes de los instintos corporales que no se adecua a los cánones de las ciencias naturales, ni de las humanidades o las artes, tiene un atractivo especial para las personas cuya relación con su cuerpo y con su pasado es ambigua y que tienen unos marcos de referencia internos difusos.

Ahora, si bien estos atractivos del psicoanálisis, ficticios y secundarios, pueden ser analizados en principio y revelar así que el proceso de ablación es una defensa contra el recuerdo de los odios, humillaciones y culpabilidades de la infancia, con lo que se brinda una oportunidad al analizando para descubrirse a sí mismo como una persona única con una dotación específica, localizada en su propio cuerpo, y ocupando un lugar prescrito en la historia de la humanidad y en posesión de la libertad que es el conocimiento de la necesidad, me parece que en realidad esto no siempre ocurre. Como resultado, el movimiento psicoanalítico contuvo desde sus tiempos más tempranos, y contiene, una cantidad no despreciable de personas que tienden a corromper la teoría psicoanalítica para adecuarla a su propia necesidad de negar importantes partes ‘dadas’ de sí mismos. Y, en mi opinión, este grupo de gente es, y ha sido, lo suficientemente grande como para introducir

una serie de sesgos y falsificaciones en el psicoanálisis.

En primer lugar, esto lleva a la idealización tanto del analista en formación como de la llamada 'sucesión apostólica', y a una tendencia a creer que la competencia del analista se deriva exclusivamente de su análisis personal. Sin embargo, muchos analistas han tenido una amplia y relevante experiencia antes de ser analizados, muchos se han mostrado como personas capaces y dotadas antes de convertirse en analistas y, por lo menos algunos, tuvieron padres que los trataron con empatía y comprensión durante su infancia. Pero estos hechos evidentes tienden a oscurecerse ante la necesidad de algunos analistas de renegar de sus padres reales y pretender que comenzaron de cero cuando llegaron al análisis. El desagrado que algunos analistas sienten por entrar en la arena pública a veces se debe, como sospecho, al hecho de que su adherencia creativa al psicoanálisis está vinculada con la sensación de haber traicionado su pasado pre-analítico. Como consecuencia, utilizan su práctica como refugio y sólo se sienten a gusto en presencia de otros que suponen han realizado una traición semejante. Este es, en mi opinión, uno de los diferentes factores que contribuyen al aislamiento social del psicoanálisis.

En segundo lugar, si un escindidor se convierte en analista se convertirá inevitablemente en un analista dedicado y compulsivo, incapaz de olvidar su autoimagen como analista. Está entonces expuesto a incurrir en cierto sentimiento de culpa que surge del hecho de que la energía creativa que pone en su trabajo está siendo extraída de sus compromisos humanos ordinarios con sus padres, cónyuge, hijos y amigos y está infringiendo el principio elemental de que la caridad empieza en casa. Este sentimiento de culpa le llevará forzosamente al círculo vicioso consistente en aumentar su actividad analítica con el objetivo de aliviar la culpa mediante la reparación. Aunque esta puede ser la mejor solución posible ante ciertos aprietos humanos, sus efectos en el movimiento psicoanalítico en conjunto son desafortunados, dado que contribuye a la tendencia a considerar al psicoanálisis no como una profesión sino como una vocación. El entusiasmo forzado inevitablemente marca el paso y establece la costumbre de una dedicación intensa en la teoría y en la práctica que no es buena para nadie, pues produce un estancamiento mental e influye fuertemente en los analistas cuya motivación profesional es más sencilla. La fantasía grupal resultante de que el movimiento psicoanalítico es una élite de gente especial es otro factor que contribuye al aislamiento social de los analistas.

En tercer lugar, puesto que el self de creación propia es inevitablemente un constructo mental, la presencia de los escindidores en el movimiento analítico empuja a desatender las conexiones del psicoanálisis con la biología y con la genética. Por lo menos en este país, los analistas raramente debaten las enfermedades psicósomáticas – y prácticamente no han hecho uso de la abundante evidencia que sugiere que la personalidad y el temperamento están, en cierta medida, correlacionados con el componente físico. Pero los ganaderos, los biólogos y los psicólogos experimentales que crían variedades de ratas con alta o baja dotación en agresividad, no tienen duda de que dichos correlatos existen, y que sólo puede ser una idealización del psiquismo autoconsciente lo que lleva a algunos analistas a escribir como si creyeran que el conjunto de la personalidad humana está determinado ontogenéticamente. El psicoanálisis es, dicho sea de paso, la única disciplina que utiliza la palabra "genético" para referirse a lo "ontogenético"; las demás disciplinas lo utilizan como el adjetivo para referirse a la genética, el estudio de la herencia y la filogénesis⁸. Otro detalle menor pero significativo es que una de las distinciones iniciales de Freud, entre psiconeurosis debidas a un conflicto psicológico y 'neurosis actuales' que son reacciones físicas al uso excesivo o inadecuado de los órganos sexuales, hace mucho que

fue olvidada.

Afortunadamente, la aceptación cada vez mayor de la distinción de Winnicott entre 'self auténtico' y 'falso self' ha hecho ahora posible que los psicoanalistas reconozcan los factores hereditarios y constitucionales sin que parezca que menosprecian sus propias contribuciones a la comprensión de la personalidad. Es, desde luego, el 'self verdadero' el depositario de lo que el individuo hereda de sus padres y pueden elaborar dentro de algo que es verdadera y únicamente suyo, mientras que es el falso self el que acantona las defensas, los disfraces y las pretensiones.

NOTAS

¹ Rycroft, Charles (1973). On Ablation of the Parental Images, or The Illusion of Having Created Oneself. En Rycroft (1965), *Psychoanalysis and Beyond*. The University of Chicago Press. Traducción castellana de Carlos Rodríguez Sutil. Traducido y publicado con autorización de los propietarios de los derechos: PFD (www.pfd.co.uk) en representación de los herederos de Charles Rycroft.

² Véase Theodore Roszak, *The Making of a Counter-Culture* (Londres: Faber, 1970) (*El Nacimiento de una Contracultura*, Barcelona: Kairos, 1984).

³ Véase David Cooper, *The Death of the Family* (Londres: Allen Lane, 1971) (*La Muerte de la Familia*, Buenos Aires: Paidós, 1972), para una propuesta extensa del punto de vista de que la autoconciencia y el sentido de la propia identidad sólo pueden ser logrados mediante la 'des-población' del propio psiquismo, es decir, mediante la total exclusión de todas aquellas figuras que han sido internalizadas durante la infancia y que todas las instituciones existentes, incluyendo hasta las familias felices, son enemigos del self.

⁴ Buenos Aires: Paidós, 1983 (Original de 1950).

⁵ (N. del T.) "Creación de mitos".

⁶ (N. del T.) Rycroft anota a continuación unas líneas que en la obra original de Sastre aparecen un par de párrafos antes. J.P. Sartre, *Les mots*, París: Gallimard, 1964.

⁷ (N. del T.) Recuérdese que la versión definitiva de este artículo se publicó en 1973, es decir, hace 37 años.

⁸ (N. del T.) En el uso antiguo del castellano recuerdo el uso de "psicología genética" para referirse a lo que ahora conocemos habitualmente como "psicología evolutiva" y en los textos de Piaget es también corriente encontrarse el término con ese sentido, en castellano y en francés.